



---

# CARDENAS, MEXICO Y ESPAÑA

Manuel ORTUÑO MARTINEZ

**E**stá sin hacer la historia de las relaciones políticas y diplomáticas entre México y España desde la Independencia hasta hoy. Todos los trabajos que se conocen pueden considerarse como acercamiento, más o menos amplio, a un tema mucho más vasto, escasamente explorado pero que podría proporcionar sorpresas insospechadas. Las relaciones hispano-mexicanas han estado cargadas siempre —desde la Conquista a comienzos del XVI— de pasión, intensidad, fuerza explosiva, resentimiento, admiración mutua, envidias mal disimuladas, emulación y paralelismo que surgen y se esconden, para llenar de apasionante interés cualquier investigación sobre el tema(1).

---

(1) Sobre las relaciones entre México y España se pueden ver:

Arboleya, José G. de, *España y México, Compendio de historia internacional*. 2 vols., La Habana, 1862.

Carreño, Alberto M<sup>a</sup>, *Los españoles en el México independiente. (Un siglo de beneficencia)*, México, 1942.

Delgado, Jaime, *España y México en el siglo XIX*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1950.

Flores Caballero, Romeo, *La contrarrevolución en la Independencia. Los españoles en la vida política, social y económica de México (1804-1838)*, El Colegio de México, 1969.

Fuentes Mares, José, *Historia de un conflicto*, CVS ediciones, Madrid, 1975.

García y Pérez, Antonio, *Antecedentes políticos y diplomáticos de la expedición española a México (1838-1862)*, Madrid, 1904.

Por breve que sea, un análisis del comportamiento y las actuaciones de Cárdenas en relación con España y los españoles, exige un repaso previo a las circunstancias y condicionantes, así como a los hechos históricos que se produjeron en ambos países a partir de 1910, cuando acabado el «porfiriato» se inició en México el larguísimo proceso de la Revolución y tenían lugar en España acontecimientos tan significativos como la Semana Trágica, la huelga general o la dictadura de Primo de Rivera.

Entre 1910 y 1930 discurren dos décadas llenas de sucesos cruentos, de luchas y enfrentamientos que comprenden, en México, el levantamiento de Madero y el inicio de la Revolución; el golpe criminal de Victoriano Huerta(2); las reacciones de Zapata, Villa y Carranza; la entrada de Obregón en la Ciudad de México; el enfrentamiento entre los líderes revolucionarios; la discusión y aprobación de la Constitución de 1917 y los asesinatos de Zapata, Carranza y Villa, hasta la elección de Obregón como presidente de la República, lo que dará inicio a un complicado y difícil periodo de elecciones y secesiones presidenciales que institucionalizaría ese fenómeno tan peculiar que Brandenburg conceputa como «la familia revolucionaria»(3). Obregón primero y Calles después consolidaron un proceso de desarrollo que, a través de largos periodos de predominio personalista, —«obregonismo»y «callismo»— permitiría, con la llegada del general Cárdenas, el inicio de una etapa civilista y renovadora, libre del permanente peligro del levantamiento militar como fórmula para acceder al poder(4).

En España esas dos décadas incluyen una serie de hechos importantes: la elección de Canalejas como presidente del Gobierno y su posterior e inmediato asesi-

---

Guzmán, Martín Luis, *Javier Mina, héroe de España y México*, Edic. Gral. de Ediciones, México, 1966.

Miguel i Vergés, Jose M<sup>a</sup>, *El general Prim en España y México*, México, 1949; *Mina, el español frente a España*, Ed. Xóchitl, México, 1945; *La diplomacia española en México (1822-1823)*, El Colegio de México, 1956.

MacGregor, Josefina, *España y México, del Porfiriato a la Revolución*, INEH RM, México, 1992.

Pérez Monfort, Ricardo, *Hispanismo y Falange*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

*Relaciones diplomáticas hispanoamericanas (1839-1898)*, El Colegio de México, 1966; *Relaciones diplomáticas México-España (1821-1977)*, Porrúa, México, 1977.

Sims, Harold, *Descolonización en México. El conflicto entre mexicanos y españoles*, FCE, México, 1982; *La reconquista de México. Historia de los atentados españoles*, FCE, México, 1984.

(2) La correspondencia diplomática, los despachos y cartas de los ministros o embajadores de España en México es una fuente llena de sorpresas. Algunos autores mexicanos han empezado a utilizarla en sus obras. Véanse Fuentes Mares, MacGregor y Pérez Monfort.

(3) Brandenburg, Frank. *The making of Modern México*. Prentice Hall. N.J. 1964.

(4) Aunque el periodo de Cárdenas no estuvo exento de intentos de golpe (Cedillo entre otros), su habilidad maniobrera y el juego de los intereses personales contrapuestos le permitió superar todas las pruebas. Fue habilísimo para desmovilizar o movilizar las ambiciones y abortar todos los intentos.

nato; la llegada del PSOE al Parlamento en la figura de Pablo Iglesias; la aparición del «maurismo» y su incidencia en la política española; la neutralidad en la guerra europea; los gravísimos enfrentamientos entre fuerzas políticas y sindicales; la actuación de las Juntas Militares de Defensa; la huelga general de 1917; la Asamblea de Parlamentarios en Barcelona; la guerra de Marruecos y el desastre de Annual; la crisis del PSOE y el nacimiento del partido comunista y, finalmente, el golpe de Estado de Primo de Rivera, con el que se iniciaba el largo periodo de la dictadura, tan similar a procesos parecidos en otros países europeos.

Es importante señalar que a lo largo de estas dos décadas, el alejamiento y desconocimiento mutuo, a nivel oficial, se había ido rompiendo y transformando.<sup>(5)</sup> En México, hasta 1920 el único horizonte internacional lo constituían las relaciones —muy conflictivas— con los Estados Unidos, las tensiones y los enfrentamientos, incluso de carácter militar, entre ambos países. Sin embargo, con la elección presidencial de 1920 y la subida al poder de Obregón, se inició una nueva etapa constitucional y presidencialista en la que México consiguió ampliar su horizonte internacional.

Obregón, en 1920, manifestaba su admiración por la revolución rusa, culpando a Occidente de la situación en que se encontraba la URSS. En cuanto al fenómeno fascista, en 1924 Obregón rechazó en público la condecoración que le había ofrecido Mussolini. En lo que a España y los demás países hispánicos se refiere, la década inaugurada por la presidencia de Obregón presenció nuevos y señalados acontecimientos. En 1921 se celebró el primer centenario de la Independencia, al que se dió un amplio sentido americanista, invitando a todos los países del continente, pero la única representación significativa procedente de España fue la llegada de Valle-Inclán, quien escandalizó al embajador y a la colonia española con una serie de manifestaciones de apoyo a la política revolucionaria.<sup>(6)</sup>

Estaban en su momento álgido las tensiones y conflictos más graves de un proceso revolucionario que, reconducido por Obregón, encontró en el general Calles el único continuador posible tras el asesinato de Obregón a manos del

---

(5) En el ámbito cultural y en lo que a las relaciones o enfrentamientos de carácter cultural se refiere, sería importante estudiar y hacer una presentación global del proceso que siguen ambos países a partir de 1898. De manera parcial y hasta cierto punto muy sesgada, lo ha intentado Fuentes Mares, en su obra ya citada. Muy interesante pero reducido a un solo aspecto y con apreciaciones erróneas de bulto (su referencia a Américo Castro), es el reciente trabajo de Pérez Monfort y también, en forma unilateral y exclusivista, el breve ensayo de Hernández Sánchez Barba titulado «Los orígenes sociales del hispanoamericanismo español a finales de la Modernidad», en *Mar Océana*, 1, Madrid, 1994.

(6) La Revolución había roto la tendencia favorable al entendimiento y encuentro cultural de los dos países que se había desarrollado en los últimos años, a partir de los congresos hispanoamericanos de fines de siglo. La amistad entre Justo Sierra y Rafael Altamira y sus relaciones a lo largo de la primera década del nuevo siglo pueden marcar la culminación de ese proceso.

Sobre la visita de Valle Inclán a México en 1921 ver Dru Dougherty, «El segundo viaje a México de Valle Inclán: una embajada intelectual olvidada». *Cuadernos Americanos*, Vol. 223, 2, 1979.

cura Toral. Pero si en el periodo anterior Obregón había tratado de encauzar una línea radical, reivindicativa y nacionalista, que pretendía enderezar y simplificar los tumbos y sobresaltos a los que había estado sometida la Revolución, Calles, desde su ascenso a la presidencia en 1924, planteó una doble fractura: por un lado y como herencia obligada de los excesos ideológicos y diplomáticos de Obregón, el enfrentamiento puro y duro con la Iglesia católica, sus representantes más ilustres y los diversos movimientos populares y armados que se suscitaron por todo el país.<sup>(7)</sup> Al mismo tiempo, Calles frenó en seco el proceso de reformas y transformaciones, tanto en el campo agrarista como respecto del mundo laboral. Las organizaciones campesinas y los sindicatos se dieron cuenta enseguida del carácter profundamente reaccionario del gobierno de Calles, así como de la incapacidad y falta de autonomía de los presidentes —marionetas que llenaron el largo periodo de dominio personal del Jefe Máximo, entre 1920 y 1934. A pesar de todos sus esfuerzos, Portes Gil (1928-1930), Ortíz Rubio (1930-1932) y Abelardo I. Rodríguez (1932-1934), manejados por Calles desde su casa de Cuernavaca, resultaron simples juguetes en medio de un torbellino de intereses, ambiciones y pasiones desatadas. Ni siquiera la creación, en 1929, del Partido Nacional Revolucionario permitió la pacificación del país.

### Lázaro Cárdenas

En esta tremenda coyuntura de decadencia y abandono revolucionario apareció la figura de Cárdenas como esperanza e ilusión de numerosos grupos organizados, especialmente de los campesinos y los obreros. Lázaro Cárdenas había nacido en 1895 en Jiquilpan de Juárez, en el Estado de Michoacán. Con una educación muy elemental aunque lector ávido de biografías y libros de aventuras, trabajador administrativo y tipógrafo incipiente en la imprenta de su pueblo, tenía 15 años cuando se abrió en Jiquilpan el «Club Antireeleccionista», en 1910, coincidiendo con el levantamiento de Madero y el comienzo de la Revolución. Tras el golpe de Huerta en 1913, Cárdenas se incorporó al movimiento armado, interviniendo en numerosas acciones militares, primero al servicio de los constitucionales y más tarde con las fuerzas que luchaban en las filas de Obregón.

En 1928, coincidiendo con la postulación de Obregón a la presidencia, ascendió a general de División y fue elegido gobernador de su Estado natal, lo que no le impidió tener una creciente intervención en la política nacional. Tras la fundación del Partido Nacional Revolucionario por Calles en la primavera de 1929, el nuevo presidente Ortíz Rubio le pidió que volviera a la Ciudad de México para hacerse cargo de la dirección del partido, en la que estuvo casi un año, siendo posteriormente nombrado ministro de la Gobernación en el gabinete de

---

(7) El periodo de Calles registra la rebelión de los generales Serrano y Gómez, el conflicto religioso, la llamada «guerra cristera» y, finalmente, la promulgación de la Ley del Petróleo, fuentes de los gravísimos incidentes y conflictos posteriores. El enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado tuvo una enorme repercusión en la prensa conservadora y católica de España, que calificaba de «tirano bolchevique» al presidente Calles. Ver Pérez Monfort, *op cit.*, pág. 40.

ese mismo presidente. En 1933, bajo la presidencia de Abelardo I. Rodríguez, fue ministro de Guerra y Marina. Finalmente, en mayo de ese mismo año, la recién creada Confederación Campesina Mexicana, cogiendo por sorpresa a toda la clase política, promovió la candidatura de Cárdenas para la presidencia de la República.

## Cárdenas presidente

Al tomar posesión de la Presidencia, el general Cárdenas estaba a punto de cumplir 40 años. No había sido el candidato preferido por Calles, pero desde que la Confederación Campesina adoptó un programa radical de lucha social y conquistas económicas para los trabajadores del campo, su nombre había empezado a sonar con insistencia, y poco a poco fue escalando posiciones hasta su lanzamiento público y prematuro en mayo de 1934. Como suele ser habitual en México, «*la cargada*» se ocupó de llevarlo en volandas hasta el palacio presidencial: el Partido Nacional Revolucionario se había encargado de cumplir una vez más el largo y complejo ritual de una nueva sucesión presidencial. Sin embargo, en esta ocasión los propósitos de Calles resultaron fallidos.

La Convención Nacional del PNR, reunida para redactar el programa del sexenio, con el que Calles pretendía controlar y manipular al nuevo presidente, elaboró un cuadro de medidas que, respondiendo al ambiente y a las presiones del momento resultaron radicales, revolucionarias y anticapitalistas, aunque de acuerdo con los usos y costumbres establecidos todos pensaron que no pasarían de constituir una declaración programática para la galería. Pero Cárdenas no lo entendió así.

Las primeras medidas que tomó fueron espectaculares: se vistió con traje de calle en lugar del tradicional chaqué; dejó el Castillo de Chapultepec y habilitó su casa, llamada «Los Pinos», como residencia oficial; prohibió a la guardia que le rindiera honores todos los días; cerró casinos, clubs privados y casas de juego y estableció la costumbre de que cualquier ciudadano, durante una hora al día, pudiera enviar gratuitamente telegramas al Presidente, exponiendo sus problemas y quejas. El primer gabinete pareció confirmar la continuidad del «callismo» y, en efecto, había sido amañado de tal modo que sólo cuatro ministros podían considerársele adictos. Por otra parte, los gobernadores de los estados seguían adscritos a las ramas más o menos duras del «callismo» imperante.

La ruptura con Calles se produjo muy pronto, tras seis meses de difícil gobernación, entre huelgas y revueltas. Pero desbaratada la resistencia del «callismo», Cárdenas tenía abierto el camino y pudo dedicarse a la consecución de sus propósitos: resolver los problemas sociales, económicos y culturales del país. Agrarista de toda la vida, su contacto con la realidad campesina y su coraje personal le decidieron a impulsar a fondo el reparto de tierras, la organización de los campesinos y la creación del Banco de Crédito Agrícola y Ejidal.

Pero las decisiones más criticadas y que han pasado a la posteridad como hitos de su periodo de gobierno fueron la implantación de la «escuela socialista» y la «expropiación petrolera». Sin embargo la escuela socialista no fue un inven-

to de Cárdenas. En realidad, tanto el conflicto abierto con la Iglesia, que explotó al final del periodo de gobierno de Obregón, como los fundamentos de la «escuela socialista», se encontraban inscritos en los artículos más polémicos de la Constitución, obviados hasta entonces pero que habían sido fruto del difícil equilibrio entre los grupos y fuerzas que redactaron el texto constitucional.(8)

El reglamento de la «escuela socialista» la declaraba, con un idealismo y candor admirables, «obligatoria, gratuita, de asistencia infantil, coeducativa integral, vitalista, progresiva, científica, desfanatizante, orientadora, cooperativista, emancipadora y nacionalista». Formulado de este modo aparece como una construcción arbitrista y confusa que, en realidad, señalaba hacia otra dirección: la importancia del acceso al primer plano del mundo de la cultura de un nuevo grupo de intelectuales que se había venido fraguando como consecuencia del suceso revolucionario. Lo que algunos autores han llamado «la generación de Cárdenas», estaba constituido por un grupo de filósofos, educadores, intelectuales y políticos de nuevo cuño, algunos de ellos muy al día de las corrientes más avanzadas de su época, que encontraron en Cárdenas apoyo y comprensión para sus «introspecciones en el alma mexicana», su identificación con las raíces indígenas y una clara apuesta por «la modernidad intelectual». Al final, la «escuela socialista» constituyó un auténtico revulsivo para la cultura mexicana y un constante apoyo a la obra política y social del cardenismo. «Cada escuela —y se crearon multitud de ellas— se convirtió en un bastión solidario y en foco difusor de las ideas del Gobierno».

La expropiación petrolera, que coincidió con la guerra civil española, pasaría a la historia como símbolo y señal del giro fuertemente estabilizador de la política nacionalista de Cárdenas. La reacción en México y América Latina fue extraordinaria: por fin un país del hemisferio, el más cercano y comprometido, osaba enfrentarse al coloso del Norte y lo hacía sin perder un ápice de sus reclamaciones de justicia.

Las masas que aclamaron a Cárdenas en el Zócalo, las columnas de estudiantes, obreros y campesinos que recorrían el país dando vítores al general, cantaban también lo que se llegó a llamar el «Acta de la libertad económica de México». Con la nacionalización petrolera llegó también la de los ferrocarriles, a cuya gestión accedían simultáneamente los sindicatos obreros.(9)

### **República española y guerra civil**

El estudio de este periodo empieza a ser posible gracias a la acumulación de publicaciones —algunas recientes—, memorias y tesis, que permiten un mejor

---

(8) En el Congreso de Querétaro, donde se reunieron los constituyentes, se manifestaron dos grandes tendencias enfrentadas en todos los temas de carácter político y social. Una de ellas respondía a la jefatura del general Obregón, la más radical. La otra, de carácter moderado, estaba representada por un grupo de revolucionarios adscritos al liderazgo de Carranza.

(9) Ver la biografía de Cárdenas, en el colección «Protagonistas de América», de la que son autores Josefa Vega y Pedro A. Vives, publicada por Historia 16, Madrid 1987.

conocimiento de las circunstancias en que se desarrollaron las relaciones entre ambos países.(10)

Manuel Ortuño  
Martínez

En 1931, la llegada de Alvarez del Vayo a México como primer embajador de la República, así como el nombramiento de embajador de México en Madrid del ingeniero Alberto J. Pani, supusieron un cambio radical de postura, auspiciada y compartida por los dirigentes de ambos países. En México era presidente Ortíz Rubio, mientras el eminente internacionalista Genaro Estrada ocupaba la cartera de Relaciones Exteriores. Portes Gil relataba en sus memorias la incorporación de México a la Sociedad de Naciones, a mediados de 1931, así como un primer encuentro en Ginebra entre las delegaciones de México y España.(11)

Al parecer, en el curso de ese encuentro, entre Lerroux y Portes Gil se produjo el siguiente diálogo:

«Lerroux: Felicito a México por haber aceptado la invitación que se le hizo para ingresar en la Sociedad de Naciones. Mi país ha dado una gran prueba de civismo. En 72 horas y sin derramamiento de sangre, hemos pasado de la Monarquía a la República. No es el caso de otros países, que han tenido que sacrificar miles de víctimas para realizar un cambio de gobierno.

»Portes Gil: Yo felicito a la República española por el paso tan trascendental que se ha operado en ese país y la felicito sobre todo por no haber derramado una gota de sangre en este cambio tan trascendental. México no puede vanagloriarse de lo mismo, pero está orgulloso de haber derramado tanta sangre, porque ha sido en beneficio de mi patria, que ha encontrado el camino para lograr su grandeza y las reformas que requieren el actual estado de civilización que vive el mundo.»

(10) Selección de algunos títulos de interés:

Fresco, Mauricio, *La emigración republicana española*, México, 1950.

Martínez, Carlos, *Crónica de una emigración*, México, 1959.

W. Fagen, Patricia, *Transterrados y ciudadanos*, México, 1975.

H. de León Portilla, Ascensión, *España desde México*, México, 1978.

Eugenia, Meyer, (Coord.), *Palabras del exilio*, Varios volúmenes, México 1980 y años sucesivos.

Caudet, Francisco, *El exilio republicano en México. Las revistas literarias*, Madrid, 1992.

Matesanz, José Antonio, (comp.), *México y la República Española*, México, 1978.

E. Lida, Clara, *La Casa de España en México*, México, 1988.

Enríquez Perea, Alberto, *México y España: solidaridad y asilo político*, México, 1990.

Bosques, Gilberto, *Lázaro Cárdenas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.

Por otra parte se pueden registrar algo más de una decena de tesis doctorales sobre el tema, presentadas tanto en México como en España. Son de gran interés las obras generales sobre el exilio español, que incluyen numerosísimas referencias al exilio en México, entre otras las muy conocidas de José Luis Abellán, José Borrás, Francisco Giral, Javier Rubi, Naharro-Calderón y Nicolás Sánchez Albornoz. Existe una amplísima colección de obras que se pueden clasificar como «testimonios personales», entre las que destacarían las de Vidarte, Torre Blanco, Eulalio Ferrer, Feduchy, Albornoz, Constanza de la Mora, Gordón Ordás, Sánchez Vázquez y otras en proceso de publicación.

(11) Componían la delegación mexicana Emilio Portes Gil, Genaro Estrada (ministro de Relaciones), Alberto J. Pani (embajador en Madrid) y el Lic. González Roa. Por parte española asistieron Alejandro Lerroux, Salvador de Madariaga y Manuel Pedroso.

Añade Portes Gil que, en conversación privada posterior, y respondiendo a las excusas de Lerroux, que creía haber molestado con sus palabras al mexicano, le añadió esta apostilla: «Ojalá y España no tenga que derramar sangre para cimentar la República y ojalá que ustedes logren el éxito que México desea para que la República española sea cada día más vigorosa».

Poco más tarde, al dejar la secretaría de Relaciones, se designó embajador en Madrid a Genaro Estrada. Fue el comienzo de aquella sucesión de extraordinarios diplomáticos que, tanto desde Madrid como París y Ginebra, se convirtieron en protagonistas decisivos en la guerra y en el éxodo.<sup>(12)</sup>

En España, la llegada de la República puso en marcha una serie de reformas, tanto en el campo agrario y laboral como en el de la educación, la libertad religiosa y la organización militar, que suponían cierta similitud o acercamiento a las soluciones y planteamientos que se habían intentado aplicar en México. Era lógico que entre los dirigentes de ambos países se iniciara una amplia corriente de simpatía y solidaridad.

Según un autor mexicano, «la Constitución emanada de las Cortes fue moderna y progresista». El recién nombrado Gobierno republicano «trazó un rumbo nuevo y esperanzador, promoviendo una reforma agraria, creando una legislación obrera muy radical y separando a la Iglesia del Estado tanto en materia de educación como de subsidios».<sup>(13)</sup> La inestabilidad y los conflictos, incluso el levantamiento de Sanjurjo en 1932, parecen favorecer esta asimilación de circunstancias y problemas, que en España llevaron en muy pocos años al estallido de la guerra civil.

---

(12) El cuadro de la diplomacia mexicana en Europa, que he tratado de reconstruir a través de las obras consultadas, puede ser éste;

*Embajada en Madrid:*

1936. Manuel Pérez Treviño (Senador, ministro. Presidente del PNR)

1937. Ramón P. de Negri (Funcionario y diplomático)

1939-39. Adalberto Tejada (Gobernador de Veracruz, agrarista famoso, socialista y anticlerical).

*Embajada en París:*

1936-1938. Adalberto Tejada.

1939. Narciso Bassols (Jurista, educador, diplomático)

1940. Luis I. Rodríguez (Diputado federal. Secretario Gral del PRM).

*Consulado general de París:*

Gilberto Bosques (1939-1942 más tarde Marsella). (Otros funcionarios: Fernando Gamboa y Mauricio Fresco).

*Sociedad de las Naciones en Ginebra:*

1936. Narciso Bassols.

1937-1939. Isidro Fabela. (Jurista, internacionalista destacado).

*Ministro en Lisboa:*

1936. Daniel Cossío Villegas (Historiador).

1942. Gilberto Bosques.

(13) Ver Pérez Monfort. *Opus cit.* pág. 74.



Fuentes Mares, al hacer historia de este periodo, recoge las palabras de Alvarez del Vayo, «uno de los hombres más distinguidos del nuevo régimen e iniciador de un nuevo estilo en las relaciones hispanoamericanas», quien al ser recibido el 5 de julio de 1931 por el Senado mexicano informaba en uno de sus primeros despachos: «Es la primera vez que el Senado de México recibe a un representante diplomático de una nación amiga en la forma que lo hizo ayer».(14) Alvarez del Vayo iba a vivir muy de cerca los avatares de la política mexicana de aquellos años, en plena época de triunfo y esplendor del «callismo». Amigo personal y frecuentador habitual de Calles, informaba con puntualidad y simpatía sobre cuanto ocurría en México. Fuentes llega a decir que Alvarez del Vayo experimentaba por Calles «un respeto rayano en la fascinación».

Cuando en la Convención Nacional del PNR se perfiló la candidatura de Cárdenas, Alvarez del Vayo no pudo ocultar su alborozo: «La historia del presidencialismo en México es una oscilación constante entre jefaturas efímeras y cacicatos permanentes... Superar esta tradición constituye el principal empeño del general Calles».

Un hecho concreto que permite comprobar el grado de cordialidad existente, fue la actitud de las autoridades encargadas de aplicar la nueva Ley Federal del Trabajo de México, publicada en 1932, que «hicieron la vista gorda para no perjudicar a los trabajadores peninsulares, a pesar del grave problema del desempleo en el país azteca». El embajador español informaba a Madrid: «El Gobierno de México ha dado una nueva prueba de la amistad que hoy siente por todo cuanto se relaciona con España y crece de día en día la complacencia del elemento español».

Fuentes afirma que entre ambos gobiernos se vivía «una auténtica luna de miel». En sus conversaciones privadas con Calles éste había confiado al embajador que en su biblioteca conservaba un ejemplar del *Diario de debates de las Cortes Constituyentes*, cuyo alto espíritu consideraba «como un ejemplo para las democracias de América». ¿Se reproducía el espíritu y las circunstancias de las Cortes de Cádiz y el inmenso influjo de *la Pepa* en los países recién independizados? En 1932, en Washington, el representante mexicano ensalzaba a España y defendía rotundamente «la actuación de España en América». A finales de 1933, al regresar de una reunión en Madrid de la Asamblea Internacional Parlamentaria, los delegados mexicanos explicaron en el Congreso: «En España reina ahora la libertad más completa que haya presenciado el mundo. España nos da una gran lección de energía. Puede decirse que en la actualidad toda España es una gran escuela».

Hasta *El Universal*, un periódico de rotunda tendencia conservadora, se volcaba en elogios para la República: «Hasta hace pocos años estábamos acostumbrados a poner de ejemplo cívico y democrático a Inglaterra, Francia, los Estados Unidos... sin imaginar que llegaría un día, nada lejano, en que haríamos lo

(14) Ver Fuentes Mares, *op cit.*, pág. 144.

propio con España. Nuestro alejamiento de la vida española contemporánea nos vedaba sentir las hondas pulsaciones de su existencia...». En julio de 1933, la catástrofe del avión *Cuatro Vientos*, que había pretendido establecer la ruta aérea Madrid-México y se perdió en la selva mexicana, provocó un inmenso movimiento de hispanofilia. Por aquellos días, «millares de telegramas, cartas, oficios de sindicatos y logias masónicas llegaban a la embajada de España con poemas alusivos, marchas y corridos populares».

El cambio de Gobierno en Madrid, tras las elecciones de noviembre de 1933, significó también un cambio de orientación en la diplomacia española. Sucedieron a Alvarez del Vayo Domingo Barnés, que estuvo en México poco menos de un año, a lo largo de 1934 (dimitió en octubre como protesta por la represión de Asturias), y Emiliano Iglesias, que llegó en marzo de 1935, pero tanto uno como otro dejaron la conducción de los asuntos en manos del primer secretario, Ramón María Pujadas, contratado por Barnés y que recuperó enseguida el estilo y sentido más reaccionario característico de la diplomacia de la Monarquía.

Pérez Monfort,<sup>(15)</sup> describe con todo lujo de detalles el comportamiento del secretario Pujadas, así como el contenido de sus despachos a Madrid. Afortunadamente para España, por lo que iba a suponer en el desenlace de los acontecimientos cercanos, en la primavera de 1936 el Gobierno de Madrid nombró embajador a Gordón Ordás, quien al inaugurar una cátedra de Historia de España en la UNAM, a finales de julio de 1936, dijo: «Yo no tengo, y como español puedo decirlo más libremente, la tesis general de la madre España y las hijas americanas. Para mí España, la España de hoy, no es madre de América sino su hermana. España debe conocer mejor a América para poderse amar conscientemente...». Simultáneamente tuvo que comunicar a Madrid que acababa de destituir a Ramón María Pujadas por haber firmado éste su adhesión al Gobierno de Burgos. Cuando Pujadas intentó presentarse ante el Gobierno mexicano como representante de la zona franquista, el Ministro de Relaciones Exteriores de México afirmó desconocer su existencia, lo consideró un ciudadano español más residente en el país y, ante su contumacia, acabó por expulsarlo de México.

### Los primeros contactos

En numerosos trabajos se ha tratado de establecer una secuencia ordenada de los acontecimientos que tuvieron lugar a partir del comienzo de la guerra civil.<sup>(16)</sup> A raíz de las primeras gestiones de Gordón Ordás, el 10 de agosto de 1936 Cárdenas autorizó a la secretaría de Guerra que pusiera a disposición del embajador, en Veracruz, veinte mil fusiles de siete milímetros y veinte millones de cartuchos de fabricación nacional, que se embarcaron a bordo del *Maga-*

(15) Ver Pérez Monfort, *op cit.*, pág. 114.

(16) En especial, las obras de Enríquez Perea, Fresco, Mayer, la obra colectiva publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1982, Fuentes Mares, Matesanz, etcétera.

llanes, barco de la Transatlántica Española fondeado en aquel puerto.(17) Gordón Ordás también pidió a Cárdenas que su Gobierno adquiriera en Francia armamento y aviones, por lo que el presidente autorizó a Adalberto Tejada, ministro de México en París, para que comprara esos pertrechos por cuenta de España.

En sus notas para unas memorias, el general recogía tales hechos y los comentaba así: «El Gobierno de México está obligado moral y políticamente a dar su apoyo al Gobierno republicano de España, constituido legalmente y presidido por el señor don Manuel Azaña. La responsabilidad interior y exterior está a salvo. México proporciona elementos de guerra a un gobierno institucional, con el que mantiene relaciones. Además, el gobierno republicano de España tiene la simpatía del Gobierno y sectores revolucionarios de México. Representa el presidente Azaña las tendencias de emancipación social y económica del pueblo español. Hoy se debate en una lucha encarnizada y sangrienta oprimida por las castas privilegiadas. Pienso que triunfará el Gobierno republicano del presidente Azaña, pero si la situación le fuera adversa, el pueblo trabajador de España habrá avanzado: llegará a despertar pujante para librarse de sus opresores en un plazo no lejano».(18) De este modo, al comparecer en el Congreso el 1 de septiembre de 1936 para rendir su informe anual, Cárdenas pudo afirmar ante la Cámara, días antes de que se firmara el Pacto de No Intervención, que los envíos de material de guerra a la República española alcanzaban los ocho millones de pesos, cifra entonces tenida como muy considerable.

¿Cuáles fueron las motivaciones que incidieron en la conducta de Cárdenas? Un autor tan poco sospechoso de simpatía hacia el cardenismo como Fuentes Mares lo interpreta así: «Una de ellas, que los españoles fueran nuestra raza». Otra, que la República representaba para él «las tendencias de emancipación social y económica del pueblo español».(19) Confirmando esta tesis, Fuentes Mares recuerda una rotunda manifestación de Cárdenas en 1957, veinte años después, cuando asimiló sin la menor duda el destino histórico de la Revolución mexicana con el triunfo de la República española: «El pueblo progresista de México recibió con regocijo el resultado del plebiscito que expresó la voluntad española de instaurar la República como forma de gobierno. Aplaudió la elevación de los ideales de democracia y justicia social a normas jurídicas constitucionales. Identificó, desde ese momento, su destino histórico con el triunfo y consolidación de la República española. Esta adhesión fue consecuencia lógica de las más caras tradiciones de los mexicanos».

---

(17) Confirma estas gestiones Angel Viñas en su ensayo «Los condicionantes internacionales», en la obra colectiva *La guerra civil española, 50 años después*, Labor, Barcelona, 1986.

(18) Ver Fuentes Mares, *op cit.*, pág. 162.

(19) La teoría de *las dos Españas* se había extendido en México y era tesis habitual en las discusiones más o menos académicas entre conservadores y revolucionarios.

Tres hechos inmediatos confirmarían la firme voluntad del presidente de México de prestar ayuda a España y a los españoles: el primero, de carácter excepcional, la defensa de España ante la Sociedad de Naciones, tarea que inició sin la menor vacilación el delegado de México en Ginebra, Narciso Bassols, desde el mismo comienzo de las hostilidades y que continuó brillantísimamente Isidro Fabela, encargado por Cárdenas de insistir en la tesis mexicana de «no intervención» y de ayuda al Gobierno de España, legítimamente constituido. La carta de Cárdenas a Fabela, de 17 de febrero de 1937, lo expresa contundentemente: «Conviene ante todo hacer ver hasta qué punto la actitud de México en relación con España no se encuentra en contradicción con el principio de no intervención. Esta frase, muy utilizada en la actualidad por la diplomacia europea y por la política interamericana, ha venido a recibir como consecuencia de las complicaciones internacionales suscitadas por la rebelión española, un contenido muy diferente... Bajo los términos de no intervención se escudan ahora determinadas naciones de Europa, para no ayudar al Gobierno español legítimamente constituido. México no puede hacer suyo semejante criterio, ya que la falta de colaboración con las autoridades constitucionales de un país amigo es, en la práctica, una ayuda indirecta —pero no por eso menos efectiva— para los rebeldes, que están poniendo en peligro el régimen que tales autoridades representan.»(20)

El segundo, la constitución del Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español por un grupo de damas, a quienes el propio presidente concedió generosamente su protagonismo en la formulación de un programa que gestionó, a través de la Embajada de México en Madrid, la organización de un convoy integrado por 463 niños huérfanos o que habían perdido el contacto con sus familias, a los que se decidió trasladar a México para alejarlos del teatro de la guerra. Llegaron a Veracruz a mediados de junio de 1937 y desde entonces se les conoce como los «niños de Morelia».(21)

Tercero, la cristalización de una idea de Cossío Villegas, en el inicio de la guerra y que, con apoyo y colaboración de personalidades y entidades económicas, consistió en la invitación a un grupo de profesores e intelectuales para que vinieran al país, constituyendo el núcleo inicial de la *Casa de España*, pronto convertido, bajo la sabia y docta dirección de Alfonso Reyes, en *El Colegio de México*.(22)

---

(20) Fabela, Isidro, *Cartas al Presidente Cárdenas*, México, 1947.

(21) Se pueden ver:

Foulkes, Vera, *Los niños de Morelia y la Escuela «España-México»*, México, 1953.

Pla Brugat, Dolores, *Los niños de Morelia*, México, 1985.

Reyes Pérez, Roberto, *La vida de los niños iberos en la patria de Lázaro Cárdenas*, México, 1940.

El Presidente Cárdenas, en carta al Presidente Azaña, se refería a la llegada de los niños españoles en estos términos: «La actitud que el pueblo español ha tenido para el de México al confiarle estos niños, correspondiendo así a la iniciativa de las damas mexicanas que ofrecieron a España su modesta colaboración, la interpretamos, señor Presidente Azaña, como fiel manifestación de la fraternidad que une a los dos pueblos. El Estado toma bajo su cuidado a estos niños, rodeándolos de cariño y de instrucción para que mañana sean dignos defensores del ideal de su patria.»

Esos contactos iniciales, y el espíritu de solidaridad y colaboración que se había manifestado a lo largo de muchos meses de trabajo en común, estaban presentes en el espíritu de Juan Negrín, presidente del Gobierno español cuando en septiembre de 1937 llamó a Simón Vidarte, entonces subsecretario de Gobernación, a Ginebra donde se encontraba asistiendo a una reunión de la Sociedad de Naciones, para encargarle una delicada gestión cerca del presidente Cárdenas.

Lo cuenta Vidarte en un voluminoso libro de *Memorias* escrito años después,(23) así como en un artículo publicado tras la muerte de Cárdenas en un folleto que editó la masonería mexicana.(24) Con el pretexto de liquidar la construcción y venta por España de los barcos que había encargado el Gobierno de México, negocio que estaba pendiente de cerrar desde hacía algunos años, en realidad Vidarte tenía la misión de sondear directamente a Cárdenas sobre las posibilidades que pudiera ofrecer México para una emigración masiva de españoles, en el caso de que se perdiera la guerra.

Finalizado octubre llegó Vidarte a México y durante varios meses, hasta mediados de febrero, permaneció en el país, donde fue huésped de Cárdenas, recorrió su geografía, conoció a sus dirigentes y tuvo un amplio contacto tanto con la sociedad mexicana como con los españoles residentes y los primeros refugiados, los «niños de Morelia». Sus entrevistas con el Presidente y las frases y expresiones del general, que Vidarte transcribe en su libro, son de un enorme interés para comprender en todo su alcance el profundo conocimiento que Cárdenas tenía de la historia, la realidad y la situación españolas, así como su decidido y enérgico compromiso de solidaridad. Vale la pena reproducir por extenso el texto de Vidarte:

«A medida que transcurrieron nuestras conversaciones, yo creía poseer la clave de la personalidad de Cárdenas. Su manera de pensar no distaba mucho de la nuestra. El era el primer presidente socialista de América. No había intentado construir un país socialista, sino marchar por la senda progresiva de una revolución pacífica y creadora. Esto mismo es lo que nosotros habíamos pretendido hacer en España. En mis varias conversaciones con él hablamos de todo, de las democracias europeas, de los regímenes de Francia y de Inglaterra, en cuya ayuda habíamos confiado inútilmente...

— Todas las internacionales son ficticias. El socialismo es el camino que tiene que seguir el mundo, pero dentro de los medios y probabilidades nacionales de cada país. Nosotros lo sabemos, pero ustedes no se habían enterado de que ni la II ni la III Internacional estarían dispuestas a sacrificar sus principios y sus diferencias tácticas para unirse y salvar a la República española».

— ¿Qué podemos ser sino internacionalistas? En España, el nacionalismo es el monopolio de la derecha —le dije yo.

(22) Ver E. Lida, Clara, *La Casa de España en México*, México, 1988.

(23) Vidarte, Juan Simeón, *Todos fuimos culpables*, F CE, México, 1973.

(24) Vidarte, Juan Simeón, «Ante la tumba de Lázaro Cárdenas», R.L.S., *Luz hispánica*, 83, Edit. Valle de México, México, 1971.

— Esto no es más que un antifaz. Su nacionalismo es la mejor plataforma para el cariz fascista que está tomando la gente que sigue a Franco. Lo ponen en la cuenta de la tradición y con la fuerza que les da el clero político, defienden contra ustedes sus privilegios de clase y el sistema capitalista.

— Eso sólo ha podido producirse por la traición de una parte del ejército. Pero sin la ayuda extranjera, la sublevación se hubiera liquidado rápidamente...

— Yo he estudiado profundamente y con cariño todo el desenvolvimiento de la República española y creo que entre sus muchos y magníficos aciertos, tuvieron ustedes dos desaciertos. Este al menos es nuestro punto de vista: uno, no haber creado un verdadero ejército republicano, eliminando de los mandos a todos los elementos sospechosos. En México tuvimos que hacerlo así y hoy el ejército mexicano es la mejor y más poderosa defensa de las conquistas de la Revolución... El advenimiento pacífico de la República al poder, sin tener que verter una gota de sangre, les pareció a ustedes, y pareció a todo el mundo, un acontecimiento grandioso y único en la historia y lo elogiamos sin reserva. Ello les confió demasiado. El otro, en nuestro criterio, fue el de no haber comenzado a implantar, desde los primeros momentos de la República, una reforma agraria profunda, como la que nosotros estamos llevando a cabo en México. Esto hubiera creado grandes intereses en las clases campesinas, que habrían contrapesado poderosamente las campañas desencadenadas contra la República en grandes regiones agrícolas de España. Estuvieron pocos años en el poder, nosotros llevamos en este proceso revolucionario cerca de treinta años.»

En el texto de sus *Memorias*, Vidarte recoge otra parte de sus encuentros con Cárdenas:

«Pasamos después al verdadero objeto de mi viaje: la ayuda que en caso de perder la guerra podríamos esperar de México. Procuré recordar las mismas palabras que el doctor Negrín había empleado conmigo en Ginebra al encomendarme esta misión: nuestro ejército estaba dispuesto a continuar la lucha hasta conseguir la victoria, pero no luchábamos sólo contra el ejército sublevado, sino con Alemania, Italia y Portugal y más aún contra la indiferencia y la perfidia de países democráticos. Un hombre de Estado, y el presidente Negrín lo era, no podía encerrarse en una sola política y no se podía descartar la posibilidad de una derrota. En ese caso iba a ser imposible para muchos millares de republicanos poder vivir en España. El Presidente Negrín quería saber hasta qué punto podría contarse con el señor Presidente de México para una emigración masiva.

»El general Cárdenas me había oído con interés y emoción.

— No puedo hacerme a la idea de que ustedes pierdan la guerra. ¡Tanto heroísmo, tanto sacrificio y por causa tan noble no puede resultar estéril! Pero como usted dice, un hombre de Estado tiene que prevenirlo todo... Si ese momento llegase, puede usted decir a su gobierno que los republicanos españoles encontrarán en México una segunda patria. Les abriremos los brazos con la emoción y cariño que su noble lucha por la libertad y la independencia de su país merecen.

»Concretando más su ayuda, el señor Presidente me habló de la posibilidad de crear colonias agrícolas en lugares todavía poco poblados de la República mexicana; de nuestra aportación técnica para la creación de nuevas industrias;

de que se facilitará la naturalización a todos cuantos quisieran hacer de México su segunda patria.

Manuel Ortuño  
Martínez

— Pero no hablemos de estas hipótesis. ¡La democracia española no puede perecer!

»En otra de nuestras conversaciones hablamos de la situación de los intelectuales, casi todos ellos al lado de la República, en el caso de que se perdiera la guerra. El general me afirmó rotundamente: “Encontrarán en México su segunda patria; podrán ejercer sus profesiones médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, como si hubieran obtenido sus títulos en nuestras universidades y la Universidad Mexicana se honrará abriendo sus puertas a los catedráticos que por amar a la libertad y la independencia de su país les sea imposible vivir en España.”»

Todo cuanto vino a ocurrir después es historia conocida y contada, cada día mejor conocida y con una bibliografía cada vez más abundante. Quiero destacar, entre tanto material de consulta, el libro publicado en 1990 por Alberto Enríquez Perea, compilador, dentro de la serie *Archivo histórico diplomático mexicano*,<sup>(25)</sup> en el que se recoge una amplia selección de documentos que pertenecen al archivo de la embajada de México en Francia. Según el autor «son una muestra de los miles de documentos relativos a la guerra... y al asilo español».

Consta de cuatro apartados: *La guerra civil española vista por la diplomacia mexicana*, con transcripción de los despachos a informes de los embajadores de México en Madrid durante esos tres años (el último lo firmó el embajador Tejada el 18 de Noviembre de 1938 en Barcelona); *La defensa de España en la Sociedad de las Naciones*, con las intervenciones de Narciso Bassols y de Isidro Fabela en 1936 y 1937 respectivamente; *Los niños españoles y el asilo en España*, que incluye documentos relacionados con ambos temas, con datos de interés sobre circunstancias relacionadas con el transporte de los 463 niños y 29 adultos que viajaron a México en el vapor *Mexique*; y, finalmente, *El asilo en Francia, 1939-1942*, que incluye correspondencia diplomática, textos de la negociación entre México y Francia, cartas de recomendación, *curriculum vitae* de algunos refugiados, listas de nombres seleccionados, etcétera.

Enríquez Perea cierra su libro con estas palabras: «La ayuda a los republicanos españoles que, en virtud del acuerdo franco-mexicano de 1940, se extendió a los luchadores antifascistas y antinazis, fue para continuar reivindicando el derecho de asilo político. La ayuda a todos estos patriotas terminó el 14 de noviembre de 1942. Ese día, la Legación de México fue asaltada por las tropas nazis y los diplomáticos mexicanos trasladados, presos, a Bad Godesberg». El acta que narra ese asalto la firmaron los cuatro funcionarios mexicanos presentes en aquel acto. Entre ellos destaca la firma de Gilberto Bosques, que años más tarde publicaría en México una importante obra sobre la vida de Cárdenas, en la que se narran algunos de los sucesos en los que intervino personalmente.<sup>(26)</sup>

(25) Enríquez Perea, Alberto, *op cit.*

(26) Bosques, Gilberto, *op cit.*

Este año se celebra el centenario del nacimiento de Cárdenas, recordado y comentado en ciertos medios(27); pero también coincide con los cincuenta años de un hecho muy importante en los anales del exilio republicano, del que casi nadie ha hecho mención: la reunión de las Cortes de México a mediados de agosto de 1945, en el Salón de Cabildos del Ayuntamiento, en la Plaza de la Constitución, el Zócalo de México. Tanto el presidente Avila Camacho como el general Cárdenas, entonces ministro de Defensa, rodearon de todo tipo de garantías e inmunidades la reunión del centenar y pico de diputados en el exilio, sobrevivientes de la guerra civil.

En la ovación que estalló en el Salón de Cabildos cuando Martínez Barrios leyó la breve pero emocionada carta del general Cárdenas, se concentraban la gratitud, el reconocimiento, la satisfacción y la solidaridad que la obra de Cárdenas, sus gestos, palabras y decisiones habían encendido en los corazones de los españoles allí presentes y en la totalidad del exilio republicano. Entre Cárdenas y «los refugiados» pareció establecerse desde el primer momento de su encuentro una corriente mutua de simpatía, entendimiento y adhesión que no ha cesado todavía cuando han transcurrido ya 25 años desde su muerte. La inclinación de Cárdenas por España, evidente y manifiesta, y la respuesta unánime de los españoles ante esa actitud, es un curioso y notable fenómeno que los historiadores tendrán que desvelar algún día.

Por su nacimiento — en pleno Bajío, zona de marcada influencia colonizadora en la que vivió y predicó «*Tata Vasco*»(28)—, por su formación y el interés con que siguió los conflictos humanos y políticos que le aproximaban a temas españoles, en las distintas zonas del país en las que ejerció actividad, la cuestión de España no podía estar ausente en sus preocupaciones. Siguió muy de cerca la proclamación de la República, vivió con interés e inclinación partidista los avatares del nuevo régimen, analizó sus triunfos y sus errores, contemplando y compartiendo las apasionadas discusiones y polémicas que tuvieron lugar por esos años en los periódicos y los ateneos mexicanos, y se emocionó y horrorizó con el estallido de la guerra civil, la indefensión de las instituciones y el apoyo internacional a los rebeldes nacionalistas.(29)

---

(27) En Madrid lo han hecho, a lo largo de este año, el Ateneo, la Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, la Fundación Española en el Mundo y el Instituto de México.

(28) «*Tata Vasco*» es el afectivo apelativo con que los indios michoacanos llamaban a Don Vasco de Quiroga, oidor de la Real Audiencia de México, más tarde Obispo de Michoacán, que en torno al Lago de Pátzcuaro, mediado el siglo XVI, trató de convertir en realidad algunos de los ideales utópicos de Tomás Moro, concretándolos en su programa de «los pueblos-hospitales de Santa Fe». Ver las obras de Fernández y O’Gorman, Bataillon, Zavala, etcétera.

(29) Hay que recordar que, cuando se proclamó la República, Cárdenas era presidente del Partido Nacional Revolucionario y en los años siguientes tuvo importantes responsabilidades políticas y de gobierno: ministro de Gobernación en 1932, ministro de Guerra y Marina en 1933, candidato a la presidencia y presidente de la República a partir de diciembre de 1934, cargo en el que se mantuvo hasta la expiración de su mandato el 1 de diciembre de 1940.



---

Asombra observar, en los textos que se han reproducido más arriba, la precisión y pertinencia del conocimiento de los temas españoles, de los problemas y las circunstancias por las que tuvo que pasar la República, a los que Cárdenas había llegado desde su profunda y total penetración de la realidad y los problemas de México. Su identificación con el dolor y sacrificio de los pueblos indígenas; su conocimiento de las raíces más hondas del alma mestiza; su entrega a los campesinos y a los obreros, las clases más débiles a las que la Revolución no conseguía incorporar; la esperanza que puso en la educación libertadora de todas las trabas del pasado oscurantista y opresor; el empeño de nacionalizar e industrializar las fuentes de energía y de riqueza; el populismo movilizador e integrador de los grupos y fuerzas más dispares y contradictorias de la realidad mexicana, le falicitaron una observación muy clara de lo que la República intentaba conseguir tras el asombroso vuelco de la situación que se había producido en la primavera de 1931.

La España republicana significaba por fin la implantación feliz de un régimen liberal y progresista varias veces entrevisto a partir de 1812; era la culminación de un proceso revolucionario de más de un siglo, lleno de fracasos, y la expresión de las mismas reivindicaciones y esperanzas contenidas en el camino seguido por México desde la Independencia, con la Reforma y la Revolución.

México y España, en los últimos años, habían contemplado las ilusiones paralelas de una generación de hombres, luchando y trabajando por similares objetivos, movidos por cercanas y compartidas utopías. La guerra civil significó la ruptura de aquellas ilusiones. Lo menos que Cárdenas podía hacer, en tales circunstancias, era abrir sus brazos y, en lo que fuera posible, su país a los compañeros de desgracia, para ofrecerles la tierra, el pan y la esperanza que acababan de perder.

---